

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

SEM. 231

MADRID 27 DE AGOSTO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



— TODOS OCUPABAN UN MISMO ENCIERRO.

EL TERRIBLE VENGADOR,

ó

LOS NEGRITOS.

XXI.

UNA CARCEL.

Las cárceles de los Estados- Unidos no eran en la época á que se refiere esta historia lo que son en el día. La experiencia ha convenido enteramente á los legisladores de la rica república americana que no se disminuyen los delitos en la sociedad encerrando á los delincuentes entre las cuatro paredes de húmedos y hediondos calabozos, privándoles de la luz y del aire, ó amontonándolos sin distincion en un asqueroso patio, nuevo campo de vicios y de crímenes, y en donde el mas valiente ó mas desvergonzado se proclama gefe hiriendo ó matando á sus compañeros de infortunio.

Las prisiones de aquel pais sirven hoy de modelo á las de todos los paises civilizados del globo: verdaderas casas de correccion no se ha limitado su reforma á la seguridad de los infelices encerrados en ellas, si no que á sus directores se les confia la sagrada mision de convertir en miembros útiles para el estado á aquellos que estraviándose del sendero de la virtud se hacen indignos de la proteccion completa de las leyes. Entregados allí á un trabajo continuo en los diferentes oficios que se les enseñan, á lecturas provechosas y á ejercicios públicos de devocion, vestidos y alimentados convenientemente, sin verse espuestos á tratamientos brutales por parte de groseros guardianes, borran con su nueva conducta las manchas de su pasada vida, y llegan á entrar con el tiempo en aquella sociedad á la que tanto ofendieron, y que indignada les rechazó de su seno.

Pero cuando arribaron nuestros aventureros marinos á Nueva-Orleans las cárceles de esta ciudad se daban mucho la mano con las que tenemos la fortuna de poseer en nuestra amada patria. En una de ellas se veian, por ejemplo, dos ó tres hombres detenidos por deudas haciendo compañía á otros tantos busca-vidas de profesion, cuyas partidas de juego acababan por lo regular á golpes ó á cuchilladas: todos ocu-

paban un mismo encierro, al cual daba paso una bóveda alumbrada débilmente por los rayos del sol, que á duras penas asomaban entre los barrotes de la rejilla del calabozo, y el carcelero se cuidaba muy poco ó nada de los gritos ó blasfemias con que aquellos desalmados divertian sus penas.

Enrique fue empujado bruscamente por la bóveda y se halló en medio de aquel grupo que le recibió con algazara y sobre el cual lanzó una mirada de desprecio. Lleváronle á la hora de costumbre la pitanza ordinaria de los presos, pero arrjó la mermita de hoja de lata á la cabeza del carcelero, y sin pronunciar una palabra recostóse en la orilla de una vieja tarima y cruzó los brazos.

— El camarada es de empuje, dijo uno de los matones abandonando la reyerta que tenia comenzada contra otro.

— Ya le amansaremos el corazon, repuso el que le ayudaba en ella.

Y acercándose á Enrique añadió:

— No es mal equipage el del conde. ¿De donde bueno?... Está sordo.... ¡Eh! Novato ¿no oye que le hablan? Nada.... Levanta, esa cabeza....

La mano del preso tocó la frente del capitán; este le rechazó con tal violencia que su cuerpo fue á tropezar con la pared del lado opuesto.

— Ya te he dicho que el hombrecillo tiene malas pulgas, murmuró el que primero habia hablado: ¿no has visto cómo ha puesto de menestra la cara del honrado David? ¿Qué puedes esperar de un cocodrilo que abraza el craneo del carcelero con su propia racion?

— Pícaros, les gritó Enrique mostrándoles dos pistolas de bolsillo; ó me dejais en paz, ó ahora mismo os lavanto á los dos la tapa de los sesos. Ahí teneis dinero para beber y acabemos.

Los dos se abalanzaron á las monedas que Enrique les echó, y que ocasionaron entre ellos una nueva disputa: el otro no se movió del suelo, porque tenia todo el cuerpo magullado por los golpes que habia recibido en la última refriega, y los detenidos por deudas no se atrevieron á habérselas con tan temibles adversarios.

— Se le puede perdonar el batacazo que he recibido contra el muro, dijo el que habia tocado á Enrique, en gracia de su generosidad.

— ¡Vaya un modo de despreciar el oro! repuso su compañero: este pájaro acuña, pero por

mi parte le ofrezco proteccion y amistad.

— Lo mismo digo; conque así, vamos á celebrar su entrada en nuestros dominios. ¡Eh!....

David.... Carcelero del demonio.... Aquí... al calabozo principal... al número uno.... ¿Acabará de llegar?.... Daviiiiiiiiid.

Oyeron el ruido de los cerrojos, y poco despues dejaron de ver por la bóveda las narices de David.

— ¿Qué se ofrece? preguntó con humildad.

— Vino, rom, ginebra, póter, todo lo que haya en Nueva Orleans, y pronto.

El carcelero meneaba la cabeza y miraba á Enrique sin atreverse á entrar, pero este le dijo:

— Vamos, David, no te acuerdes de la menestra; quello fué un momento de mal humor, pero ya sé que tú no tienes la culpa de que me vea yo aquí; ¿tienes familia?

— Tres diablillos, contestó David animándose un poco, parecidisimos á su madre.

— ¿Y te paga bien el gobierno?

— ¡Cá!...

— Toma este bolsillo para que hagas un regalo á tu muger y á tus hijos, trae lo que te pidan esos tunos, y si alguno viene á verme no le hagas aguardar mucho.

— Si trae orden en regla, por supuesto.

— No te pares en pelillos; espero á dos amigos que deben traerme noticias de mi familia... noticias que nada tienen que ver con la causa de mi prision, y hablaré con ellos delante de tí. Te advierto que si no a canza ese dinero para el regalo que piensas hacer á tu muger y á tus hijos; añadiremos alguna cosa mas.

— Muchas gracias, muchas gracias.... Creo que por ahora alcanzará.

— Conque lo dicho....

— Bien, bien; se hará lo que se pueda, porque al fin, aunque carcelero, me precio de tener un corazon sensible.

Apenas se marchó el carcelero, cuando Enrique echó sus cuentas:

— Borrasca me ha apretado la mano, pensó asiéndose á la esperanza, don del cielo que nunca abandona al hombre; Borrasca está trabajando y se introducirá en la cárcel, solo ó con Feliz, el cual ayudará todo cuanto pueda á mi evasion: esta deberá verificarse esta noche misma, pues de lo contrario, mañana me conducirán á bordo de algun buque inglés, de esa corbeta, por ejemplo, y no será tiempo de dar el menor

paso. Estos hombres son míos, ó de mi dinero, que todo es uno, y el carcelero también, y el lance se presenta seguro y sin estrépito. Huiré pues.... ¡Huir! ¡Y Matilde! ¡Matilde á quien he visto desmayada en los brazos de su padre! ¡Matilde que me cree sin duda el hombre mas infame del universo! ¡Un pirata!... ¡Ah! No quiero pensarlo; no quiero detenerme en estas ideas; me volveria loco: es preciso salvar mi cabeza á todo trance... ¡Salvarla! ¿Y á qué fin si Matilde no me ama? ¿Si me aborrece?

Distrájele de sus cavilaciones la presencia de David que llegó cargado de botellas, diciéndole al mismo tiempo:

— ¿Os llamais Mr. Enrique?

— Si, respondió: ¿qué me traes?

— Este papel que me ha entregado en la calle el adivino Perkins; ya ha vuelto á aparecer ese diablo en la ciudad, y me ha dicho que todo se reduce á que le deis cierto dinero, y que habiendo sabido que os han traído aquí...

— Es verdad, venga el papel.

— Luego le abrireis, que no he concluido.

— ¿Hay mas?

— Si; se ha presentado una señorita con su permiso corriente para hablaros.

— ¡Dios mío! ¡Es ella! ¡Matilde!... Que venga... Pronto... ¡Ah!... ¡Y en qué sitio la voy á recibir!

— Tereis que salir conmigo á otro encierro destinado para el caso.

— Vamos, vamos.

Enrique guardó la carta de *Borrasca* y se dirigió á la puerta en tanto que David decía á los otros:

— Bened cuanto os dé la gana, pero no me atoroteis la cárcel.

Hecha esta prudente advertencia siguió al capitán y ambos salieron del calabozo para entrar en una salita, que era otro verdadero calabozo, aunque menos repugnante y asqueroso que los interiores.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

La novelita original que estamos publicando con el título de *El Terrible Vengador ó Los Negritos* toca ya á su término; pero habiendo sabido su autor que algunas personas desean adquirirla en un tomito suelto, ha determinado imprimirla así, si se reúne el preciso número de compradores para cubrir el gasto de la edición.

Muy pronto haremos conocer al público madrileño el pensamiento y las bases de un *Museo Musical* que deberá abrirse en esta corte el día 1.º de octubre. Acompañarán á su publicación algunas reflexiones oportunas acerca de su utilidad y trascendencia, teniendo nosotros siempre á la vista el primordial objeto de la enseñanza y su rápida propagación en España.

Recomendamos eficazmente al público los trabajos del distinguido profesor y hábil pendolista don Dionisio Cenzano.

Hemos tenido ocasión de ver algunos cuadros que han salido de sus manos y nos atreve-

mos á asegurar sin temor de ser desmentidos que no es posible llevar el arte de escribir á mayor altura y perfección. Delicadeza extraordinaria en los perfiles, gallardía y atrevimiento en la formación de los caracteres, esquisito gusto en los adornos, limpieza y seguridad de pulso, he aquí las principales dotes que distinguen á este benemérito artista cuya incontestable habilidad y buenos servicios le han merecido una plaza honorífica en el palacio de nuestra augusta Reina.

Sabemos que el señor Cenzano se hace de día en día mas acreedor al distinguido puesto que ocupa por sus incesantes tareas, y le deseamos toda la buena fortuna y protección pública y del gobierno que se debe de justicia á todo aquel que en su patria se dedica con esmero á dar lustre á las artes, y que tan pocos alcanzan en España. Prosiga el señor Cenzano la espinosa senda en que ha dado tan brillantes pasos, y pronto saldrá su nombre á ocupar uno de los primeros lugares entre los de los mas acreditados profesores que hemos tenido.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

DIEGO VELAZQUEZ.

(Continuacion.)

En este mismo año Francisco Hernandez de Córdoba, con voluntad del Gobernador, salió á descubrir, y descubrió en efecto, á costa de doce sacazos que le tragaron la muerte, la península de Yucatan. Celó la fama del descubrimiento: hizo eco en la corte: hubo quien solicitase á Yucatan en feude; y D. Velazquez determinó proseguir la empresa con gran diligencia, confiando la armada (abril de 1518) á Juan de Grijalva, con encargo de que recatase todo el oro que pudiese, sin detenerse á poblar. Grande era la inquietud con que quedó por la suerte de la expedición; pero pronto vino á ponerle el alma en fiada Pedro de Alvarado, con quien Grijalva remitía quince mil pesos de oro, y relacion de sus felices descubrimientos. A poco llegó el mismo Grijalva; y cuando esperaba que el Gobernador le recibiese con los brazos abiertos, encontrólo desabrido con él en términos que lo afrontó de palabra, porque ateniéndose á su instruccion, no había poblado en la tierra descubierta. Vergonzosa inconsecuencia en que lo precipitó su irascible credulidad atizada por los chismes á que dió calor contra Grijalva, mezo por otra parte de tan apacibles costumbres, que en opinion de sus contemporáneos no hubiera hecho mal fraile.

Con tan opulentas regiones á la mano, necesidad hubiera sido de continuar su descubrimiento y conquista. Para hacerlo mas sobre seguro, solicitó Velazquez licencia de los PP. Gerónimos que gobernaban entonces en Sto. Domingo, y envió á la corte, con ricas muestras de oro, al clérigo Benito Martin, y tras él á Gonzalo de Guzman para que le agenciasen sus pretensiones; los cuales se dió rental arte, que á los 13 de noviembre le alcanzaron el título de Adelantado de los países que descubriese, y otras mercedes de mas ó menos importancia. Entre tanto Velazquez, embobado con el dorado porvenir

que le sonreía, buscaba un adalid á propósito y buscaba una quimera. Quería él un hombre de tan marciales prendas, de tan clara penetracion, que llegar al término del viage, conocer los secretos de la tierra, y sujetar á los naturales, fuese todo uno; pero que al mismo tiempo tuviese tan humildes pretensiones, que pudiendo representar el primer personaje en aquel drama grandioso, se contentase con un papel secundario, para que toda la gloria de sus hazañas reflejase en la frente del Adelantado como promovedor de la empresa. Así es que ninguno cumplia á su deseo: pensó primero en Baltasar Bermúdez, pero abrigaba altos pensamientos, quiso imponer condiciones que enojaron al Gobernador, y como éste era libre y sacudido echólo de sí con ja'abras desmandadas. (1) Luego en otro, y otro: por último, Amador de Lares, hombre astuto, y que aunque no sabia leer ni escribir, era contador del Rey, supo persuadirle en union de Andres de Duero, que nombrase á Hernán Cortés, amigo de ambos.

En mala hora lo hizo. Acostumbraba Velazquez ir á ver las naves, y caminando un dia por la marina, acompañado entre otros de Cortés, y de un bufon llamado Francisquito que con sus burlas lo entretenia, volviése éste, y le dijo: «Mira, señor, lo que haces, no hayamos de ir á montar á Cortés. Este incidente tan sencillo que al pronto le causó risa, hizo sin embargo neta en el ánimo de Velazquez; y como si fuese profecía el dicho del truhan, comenzó desde aquel instante á desconfiar de Cortés, desconfianza que cuidaron de estimular sus rivales recordando al Gobernador los lances pasados. Ya era tarde: tenian que habérselas con un contrario astutísimo y diligente: y cuando el indeciso Gobernador volvió sobre sí, ya estaba Cortés embarcado en un batel, bien provisto de gentes y armas. Dijole Velazquez desde la orilla: «¿Pues cómo, compadre; así os vais? Buena manera es esa de despediros de mí:» á lo que el otro le respondió: «Señor, perdóneme vuestra-merced: porque estas cosas, y las semejantes, primero han de ser hechas que pensadas. Vea Vd. qué me manda.» Y tendiendo las velas salió con su armada del puerto de Santiago á 18 de noviembre de 1518.

Sorprende causa que un hombre como D. Velazquez, acostumbrado á los lances de la guerra, y al ejercicio del poder, anduviese tan tímido que no lograrse quitar el mando á Cortés; y dejase pasar dos años, en los cuales supo este granjearse favor en la corte con el oro mejicano que remitía. Al cabo determinó ir en persona á Méjico; pero la Audiencia de Sto. Domingo envió al oidor Lucas Vázquez de Aillon á que estorbase la jornada, por evitar guerras civiles, y por el atraso que faltando Velazquez de Cuba debia de sentirse en su colonizacion. Desistió Velazquez: mas ya aparejadas las naves, acordó mandar en su nombre á Páulilo de Narvaez, á pesar de las disuasiones del oidor; sin mas resultados que aumentar las fuerzas de Cortés, perder Narvaez un ojo, y quedar Velazquez, sobre burlado, con muchos ducados menos que gastó en la empresa.

(Continuará.)

(1) Expresiones de Herrera.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Vista la grande aceptación que ha merecido, y cubriendo al deseo que muchos han manifestado, se dará hoy una última representación de

DON ENRIQUE DE TRASTAMARA O LOS MINEROS.

Maria. Sras. Perez
Inesa. Flores.
Margarita. Sampelayo
Mendoza. Sras. Alverá
Berrio. Caltán. (D. V.)
Enrique. Lumbreras
Diego Ruiz. Lopez.
D. Tello. Aznar.

Capitan. Carceller.
Mendoza. Flores.
Alfonso. Fernandez.
Escudero. Spuntoni.
Soldado. Reyes (D. M.)
Sacerdote. Rota
Ballestero. Caltán. (D. H.)
Trabajador mísero. Azopardo.
Heraldo. Garcia.
V. cino. Lamadrid.

Terminará la funcion con baile nacional.

PRINCIPE.

1.º Sinfonia á toda orquesta.
2.º Se pondrá en escena el drama

nuevo, en 3 actos, traducido del francés, titulado:

E L MAL PADRE.

PERSONAGES. ACTORES.
Maria. Sras. Lamadrid.
Luisa. Corcuera.
Brigida. Lorente.
Rosa. Cordova.
Marcelo. Sres. Romea (D. J.)
Bariquet. Sobrado.
Simon. Fern. (D. M.)
Notario. Fernan. (D. J.)

3.º Pas de deux de la Giselle por madame y Mr. Finart.
4.º La orquesta tocará la sinfonia de Guillermo Tell.

5.º Terminará el espectáculo con la divertida pieza en un acto original de don Tomás Rodríguez Rubí, titulada:

LAS VENTAS DE GARDENAS.

CIRCO.
Alas ocho de la noche.
Segunda representación de la
FAVORITA.
Opera seria en 4 actos del maestro Donizetti. Se estrenan tres decoraciones.

IMPRENTA DE BOIX.